

# LA TARDE

DIARIO PROGRESISTA DEMOCRATICO DE LA TARDE.

DIRECTOR: D. JUAN MANUEL MARTINEZ.

AÑO I.

Lunes 18 de Diciembre de 1871.

NÚM. 29.

## LOS UNIONISTAS PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores sobre el siguiente artículo de *La Política*, en el cual se pinta de mano maestra a los unionistas, esos tráfingos de todos los partidos, esos mardadores de la política, esos mercaderes de la honra nacional, esos piratas, en fin, que nada encuentran sagrado ni respetable si se opone a sus designios.

*La Política*, órgano de los prohombres del unionismo, y cuyos lazos con el duque de la Torre son de todos conocidos, no ha podido contener su indignación al ver el espectáculo que presentan ante el país esos dinásticos vergonzantes, famélicos del poder.

Hé aquí el artículo:

### NUESTRO PRIMER ACTO DE DINASTISMO.

Y si viene con esta intención (y no puede venir con otra), y si le anima este pensamiento (y no puede animarle otro), de lo que sucede en España, de lo que acontece a este rey, de lo que es el rey, nosotros tendremos la culpa, porque se entregará a nosotros y ha de querer lo que nosotros queramos.

(Discurso de Ruiz Zorrilla á bordo de la *Villa de Madrid*.)

Nuestro artículo de ayer, inspirado en el hábil trabajo comparativo de la situación presente de España con la que tenía Inglaterra en los primeros años del reinado de Guillermo III, que ha publicado la *Revista de España* bajo la firma de D. Luis Albareda, escrito al correr de la pluma, sin premeditación alguna, sin ánimo de que tuviera más alcance que el de una saludable advertencia á la augusta persona que ha de ser nuestro jefe, y siendo objeto de las objeciones y de las amenazas del audaz radicalismo, ha tenido el triste privilegio de llamar la atención de los monárquicos de circunstancias y de merecer los anatemas de los dinásticos de la víspera y aun del día siguiente, algunos de los cuales han comparado la improvisada y modestísima obra de *La Política* con las famosas elucubraciones de *Misericordia*. La clave, Meditemos, que en 1864 y 1865 dio á luz en *El Diario Español* el mis insigne de nuestros escritores políticos.

Los que anduvieron basando por todas las Cortes de Europa un príncipe cualquiera que se prestase á ser rey del radicalismo; aquellos á quienes les importaba un ardite que el rey fuese un hombre ó un niño, que se llame Fernando de Coburgo ó Tomás de Saboya, con tal de que representase la menor cantidad de rey posible; los jaleadores del verano último, que impidieron que el duque de la Torre formase el Gabinete de salvadora conciliación que S. M. le había encargado organizar; los que el 4 de Octubre llevaron á cabo la mas escandalosa manifestación antimonárquica y antiparlamentaria de que hay memoria en los fastos constitucionales de España; los que se revolieron contra el uso de la régia prerrogativa al suspender las sesiones de Cortes, calificándola de contraria á la cortésia parlamentaria; los que en la reunión del Circo decidieron que la libertad de prensa era una usurpación, es decir, la licencia era antes que la dinastía; los que en el mas atrevido é insolente de sus periódicos vienen dando á rey todos los días lecciones de derecho constitucional envueltas en amenazas; esos sinceros, resueltos, constantes y desinteresados monárquicos, se han escandalizado de que *La Política* se haya permitido salir al encuentro y presentar en términos enérgicos, pero dignos, al varonil príncipe de Saboya el reverso de la medalla que podría correr, si la dinastía se echase ciegamente en brazos del radicalismo, fríamente aliado al republicanism internacionalista.

Pero ¿qué más los frontizos, impacientes por cartenas, los que durante tres ó cuatro años han estado sufriendo con ejemplar resignación los desdenes del progresismo á trueque de realizar algún día sus ambiciosos sueños, los que al verlos frustrados hablaban de transacciones mal comprendidas y peor negociadas, que se arrepentían de su obra al decir al rey el que habéis escogido; los que en la última reunión del Senado guardaron un prudente silencio ante las reservas de amigos poderosos, han hallado ayer la oportunidad de hacer una erupción de su dinastismo de la víspera, de su dinastismo del día siguiente y de su dinastismo del porvenir, arrojando la ardiente lava de su indignación monárquica sobre la pobre *Política*, amigo débil, que ha creído lazar su causa; y á la que sacrificamos y sacrificamos la propiciación para el arreglo del entrecero de los *Dios mayores* y el *amor de la situación*.

¡Pobre dinastismo el de los que consideran necesario hacer alarde de él para que se crea en su sinceridad, y por los caracteres de los de aquellos á quienes una sonrisa de los reyes basta para convertir en lunjeros cortesanos y hacerlos entonar villancicos la cantata de

¡Día feliz! ¡Día feliz!

Y después de todo, ¿qué hemos dicho nosotros que no esté en el espíritu y en la letra de lo que todos los días dicen los diarios radicales? ¿Qué hemos dicho que no esté en el espíritu y en la letra de lo que todos los días dicen los diarios unionistas más dinásticos, que no digan, como mismo *El Diario Español* y *El Progreso*, que no dijera el día 10 del corriente la *Revista de España*? ¿Qué hemos dicho que no esté en el espíritu y en la letra de lo que en su discurso á bordo de la *Villa de Madrid* expresó el señor Ruiz Zorrilla al decir que «de lo que sucede en España, de lo que acontece á este rey, de lo que es el rey, nosotros tendremos la culpa, porque se entregará á nosotros y ha de querer lo que nosotros queramos»? ¿Qué hemos dicho que no esté en el espíritu y en la letra de lo que el atrevido y insolente jactancia, contra la que el entonador duque de Asto tuvo que protestar en su discurso de Florencia, á pesar de lo cual los radicales pretenden reducir á práctica?

Que estos mismos radicales, cegados por el ansia del poder, asedian al rey, y no contentos con asediado, han pretendido forzar á su lado, para que secundase sus planes, una de esas camarillas que tanto maldad han causado en otros tiempos y ante la cual se prosternan hoy que, abusando de la ignorancia acerca de las cosas del país y de la situación de los partidos en que se hallan los estranjeros que rodean á Amadeo de Saboya, tratan de hacer creer á éste que solo los radicales pueden cimentar su trono y asegurar su dinastía, y que para ello es necesario arrancar el poder al actual Gabinete, que merece el apoyo desinteresado de los unionistas, y dejar de su lado los elementos conservadores.

¿Y qué más? Que el rey haría mal en oír esos egoístas, si no perdidos consejos; que los unionistas no ambicionan el poder, pero que lamentarían el que se confiase á un partido esclusivo como el radical, en estrecha alianza con el republicano; que una preferencia sistemática en favor de esos elementos podría alejar y alejará seguramente más ó menos pronto, á qué dudarlo, á los conservadores, incluidos los que desde el primer momento se adhirieron á la dinastía, y desde luego contendría el movimiento de concentración hacia ella de los inclinados á adherirse; que esto sería un peligro para el nuevo monarca, el cual se hallaría no muy tarde en medio del vacío, como se han hallado otros monarcas mas expertos en la ciencia de Gobierno y mas identificados con el país que regian, y que, en tal caso, realizada esa serie de hipótesis, «los conservadores todos (lo repetimos) asistieran cruzados de brazos al desfile de la comitiva que en los pueblos hidalgos tienen siempre los prosoritos justos».

¿Dónde está aquí la falta de respeto á la monarquía? ¿Dónde el ataque á la dinastía? ¿Dónde la inconsideración á la persona del rey? ¿Dónde la amenaza á instituciones y objetos tan respetables? Mas bien que nada de eso, ¿no es nuestro artículo un varonil consejo dado á un varonil monarca, que en su discurso ante las Cortes declaró que «no trataría jamás de imponerse al país, y en su discurso de Florencia había declarado que «estaría siempre sobre los partidos» noble protesta contra la pretensión de arrastrarlo tras el carro del radicalismo, sin voluntad propia y como una víctima coronada, manifestada por el jefe

de pelea de ese partido en su meditado discurso á bordo de la *Villa de Madrid*? ¿No es un capítulo de historia conservadora opuesto á los capítulos de historia radical que viene escribiendo todos los días el mas desochoado de los diarios unionistas? ¿No es que ha degenerado tanto aquella raza de alibres castellanos que se alzan contra los insolentes ladrones después de haber protestado valerosamente contra su funesto influjo, que los patrióticos consejos al rey se consideran ya como amenazas, que las advertencias leales á sus servidores estranjeros se juzgan ataques á instituciones que están muy por cima de ellos?

Pues ¿qué, ¿tan destinado suponía al rey que no escuchase los consejos de la prensa? ¿Tan temeroso le creía que, por no parecer tímido, forme empeño en seguir el camino contrario al que se le señala como bueno, no por los que ansían el poder, sino por los que empezaban declarando que no lo quieren? ¿Tan ignorante le juzgaba que no sepa que así las obstinaciones temerarias como las debilidades inconscientes de los reyes se espialen siempre cruelmente, desde Recesvinto de España hasta Clotario I de Inglaterra, desde Luis XVI de Francia hasta Isabel de Borbon? ¿O es que vuestro caluroso dinastismo os ha hecho perder la cabeza, y considerais perdida con alfileres la dinastía que habéis escogido, y teméis que un artículo de un periódico oscuro é insignificante, que no tiene a nadie tras de sí, puede convencer lo que vosotros apaisais con vuestros robustos brazos, que un consejo leal, ó una salida de tono si queréis, de un escritor mas ó menos distinguido hasta para que se sospeche de la sinceridad de vuestro dinastismo y se os acuse de complicidad con él?

III. Tranquilizaos, tranquilizaos, ¡oh pídicos, y tímidos, y susceptibles, y sinceros, y ardientes dinásticos de la víspera, del día siguiente, de aquí y de allí, de lo existente y de lo que pueda venir!

Anticipándonos á vuestros deseos y á vuestras protestas, ya anoche declaramos que nuestro pobre artículo ha merecido vuestra mas solemne y explícita desaprobación. Si esto no os basta, todavía estamos dispuestos á añadir que, lejos de habernos encargado nadie que lo escribiéramos, como suponen los periódicos radicales, os ha causado verdadera indignación, y que vuestra presencia anoche en palacio, en mayor número del que soles concurrir los viernes á las regias estancias, fue una protesta solemne y meritoria contra las escandalosas, el estravio y hasta el montpensierismo fósil de *La Política*; que si algún malandante se atrevió á exponer en complicidad con el autor del artículo que tanto os ha indignado, es porque no se dio cuenta de la antigüedad y toda la pureza de vuestra adhesión dinástica y toda la independencia de nuestro carácter; y que, por consiguiente, solo nosotros debemos cargar con la responsabilidad de ese acto de locura, ya que no somos bastante egoístas para descargarla sobre el escritor, quizá mas monárquico y mas dinástico que vosotros, á quien se le fue la pluma algo mas allá sin duda de su pensamiento.

Porque, ¡sabello, ingratos! ¡sabello, egoístas, queos habéis apresurado á curaros en salud, condenándonos á nosotros al infierno del anti-dinastismo perpetuo! al escribir el malhadado artículo que tanto os ha disgustado, no era nuestra idea cerrar las puertas del poder, que tan merecido tenéis, sino contribuir á que os os abra de par en par, no era nuestro ánimo indisponeros é indisponerlos con la dinastía, sino hacer nuestro primer acto de dinastismo, dando salidas á quienes no se los dabanos, si un interés patriótico, superior á nuestras afecciones personales, no nos hiciera desear que tomas un rumbo salvador, que se salve, así de los asedios irrespetuosos de los radicales como de vuestras cortesanías debilesimas.

Más si por desgracia ó por ventura halláseis extraña, inexplicable esta conducta, ó la hallasen vuestros órganos oficiales é oficiosos, pues no queremos haceros la injuria de suponer que sabéis tan poco como ellos, recordad y decidid, para que no hablen otra vez de lo que no entienden, que muchos siglos antes de la revolución de Setiembre, que tantas libertades nos prometió y tan pocas nos ha dado, que muchos siglos antes de que viniera á España la dinastía de Saboya, que habéis escogido para asegurar y desarrollar esas libertades, en el siglo XIII nada menos, por constitución de estos reinos el clero y la nobleza así como el pueblo eran considerados como los monarcas y debían velar sobre su conducta, disuadirlos, amonestarlos, y aun reprimir francamente sus extravíos, como lo hicieron en muchas solemnes ocasiones los procuradores á Cortes en sus célebres cuadernos de peticiones, sin que los buenos reyes de origen divino se ofendieran por ello.

Y no fué ciertamente ningún demagogo quien inventó estas hoy para algunos extrañas é insostenibles teorías, no fué Melancton, el autor de la máxima revolucionaria de que «*el fin justifica los medios*», no fué el autor de la *maxima de los demagogos*, fué un príncipe ilustrado, fué una testa coronada, fué un monarca de origen divino, fué Alfonso el Sábio quien impuso como un deber á esos tres estados la obligación de aconsejar varonilmente á los reyes y hasta de impedirles hacer daño á sus reinos.

Guardar debe el pueblo á su rey sobre todas las cosas del mundo... y la guarda que han de hacer al rey de sí mismo es que no le dejen hacer cosas á sabidas por que pierda el alma, ni que sea á instancia el á desahogar de su cuerpo ó de su linaje ó á gran daño de su regno. El esta guarda ha de ser hecha en dos maneras: primeramente por consejo; mostrándole el dictándole razones por que no le daba hacer, y la otra por obra, buscándole carreras por que le fagan aborrecer ó dejar, de guisa que no venga á acabamiento, é aun embargando á aquellos que le aconsejasen á hacer... y guardándole de sí mismo de esta guisa... mostrándole bien buenas ó por malas que sean que su señor sea bueno ó haga bien su fecho. Onde aquellos que de estas cosas lo podiesen guardar el no lo quisiesen hacer, dejándole errar á sabidas el hacer mal su fecho por que hobiese á caer en vergüenza de los homes, farien traición consoada.

Esto, esto dejó consignado D. Alfonso el Sábio en la ley XXV, tit. XIII de la partida II, aunque ya había dicho en la ley V del mismo título y partida que «el pueblo debe siempre obedecer á sus señores, al rey y al que le guardase de mantente llañamente y de decirle lisonja, que es mentira compuesta».

Ahora, juzgue el país, juzgue el rey mismo quién obra con mas lealtad, si los que le aconsejan que «haga bien sus fechos mostrándole carreras para que no venga á gran daño de su regno», ó los que hallan en esto desecato y le mientan llañamente diciéndole lisonjas, que son mentiras compuestas».

Con lo cual, y deseando ¡oh pídicos, y tímidos, y susceptibles, y sinceros, y ardientes dinásticos de la víspera, del día siguiente, de aquí y de allí, de lo existente y de lo que pueda venir! que nuestro artículo no os haya perjudicado en palacio, que vuestras protestas hayan sido tomadas en consideración, que se os confie el poder que tan merecido tenéis, y que no vayais nunca á poblar la gran ciudad de Micópolis, os ofrecemos firmar con vosotros una declaración colectiva y solemne de dinastismo el día en que os pongáis de acuerdo para suscribir y marcharos todos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional, como decía el bueno de Fernando VII.

### EL FISCAL DEL SUPREMO.

El Sr. D. Eugenio Díez, fiscal cesante del Tribunal Supremo, nos ha dirigido la carta siguiente y escrito que le acompaña, apresurándose á darles publicidad, si bien con el sentimiento de dividir en dos partes este notable trabajo, por falta de espacio para insertarlo hoy integro.

«Señor Director del periódico *El Imparcial*.  
Muy señor mío: Si este escrito de referencia á mi circular sobre asociaciones de las clases obreras, merezca el juicio de V. ser publicado en su estimable periódico, lo pongo con este objeto á su disposición.

De V. afectísimo servidor y agradecido Q. B. S. M.—Eugenio Díez.

«Los fiscales en el tribunal Supremo: el fiscal de la ley del legislador, y el fiscal de la ley del ministro de Gracia y Justicia, D. Eduardo Alonso Colmenares.  
El art. 841 de la ley del legislador que fija la condición del fiscal del tribunal Supremo con relación al ministro de Gracia y Justicia, dice así: «El fiscal del tribunal Supremo será el jefe del ministerio fiscal en toda la monarquía, bajo la inmediata dependencia del ministro de Gracia y Justicia».

D. Eduardo Alonso Colmenares, diciendo en el primer párrafo del preámbulo del decreto del día 9. «El ministerio fiscal es la representación del Gobierno de V. M. en sus relaciones con el poder judicial, y en el desarrollo de esta representación, el fiscal del Tribunal Supremo, jefe

del mismo ministerio en toda la monarquía, tiene el deber imprescindible de obrar bajo la inmediata dependencia del ministro de Gracia y Justicia» redactó este artículo, para su objeto, en esta forma: «El fiscal del tribunal Supremo será el jefe del ministerio fiscal en toda la monarquía, teniendo el deber imprescindible de obrar bajo la inmediata dependencia del ministro».

«Lógica y natural deducción de aquel carácter y de esta dependencia (escrita en el párrafo segundo) es, sin duda, que el ministerio público en todo cuanto se refiere á su ejercicio, se arregle á las instrucciones que el Gobierno de V. M., por medio del ministro respectivo, le comunique, y que jamás en casos áridos y difíciles, y principalmente cuando sus actos hayan de guardar íntima conexión con otros del poder ejecutivo, se permita obrar independientemente, excediendo la previa consulta de documentos trascendentes que la legislación vigente declara ser conveniente, y aun necesaria. Solo así podrá el ministerio fiscal hacerse fiel intérprete de los sentimientos, de las ideas y de la política del Gobierno de V. M.»

Nada puede hacer por sí el fiscal del Tribunal Supremo, si en todo cuanto se refiere á su ejercicio ha de arreglarse á las instrucciones que el Gobierno le comunique por medio del ministro respectivo. No puede vigilar por el cumplimiento de las leyes para la buena administración de justicia, ni reclamar su observancia: no puede sostener la integridad de las atribuciones y competencia de los juzgados y tribunales, ni pedir para ello instrucciones y venir al ministro: no puede por sí solo ejercitar la acción pública en las causas criminales; y si una autoridad gubernativa, el ministro de la Gobernación, por ejemplo, da órdenes á los gobernadores de las provincias en un período electoral para que detengan, aprisionen é imposibiliten á electores ó elegibles de opiniones contrarias á las suyas, y lo sabe el fiscal del Tribunal Supremo, ¿debe permanecer en brazos y dejar hacer, hasta que el ministro respectivo, el ministro aprisionador, le comunique las instrucciones acordadas por el Gobierno?

El fiscal de la ley del legislador tiene el deber de velar por la observancia de la orgánica de tribunales, el de promover la acción de la justicia en lo que concierne al interés público, el derecho y el deber de dar por sus respectivos procedimientos las instrucciones generales á expedir para el cumplimiento de sus deberes y la posible unidad de la acción fiscal; y todo esto, y todo lo demás que constituye la suma de las atribuciones del ministerio fiscal comprendidas en los arts. 838, 839 y 840, puede y debe hacerlo sin previo conocimiento del ministro, porque otra cosa no dice la ley, y porque el ejercicio de las funciones fiscales se hace al materialmente imposible.

¿Porque hay libertad de acción, y porque hay actos propios hijos de la conciencia legal de estos funcionarios en el desempeño de sus cargos, es porque están sujetos á la responsabilidad tanto criminal como civil con arreglo á las prescripciones de los arts. 235 al 266, con las modificaciones de los 835, 836 y 837 de la ley orgánica. Este es el fiscal de la ley del legislador en el Tribunal Supremo.

Constituirse en fiel intérprete de los sentimientos de las ideas y de la política del Gobierno, el ministerio fiscal, arreglarse en todo cuanto se refiere á su ejercicio á las instrucciones que el Gobierno le comunique, y después decirle responsable de sus actos civiles y criminales, es mas que injusticia, es mas que tiranía, es el colmo de la ignorancia en lo justo y en lo legal, es ya demencia, es insensatez. ¿Y es ministro de Gracia y Justicia en España el autor de esta doctrina?... ¡Gracia trisilábica! ¡Justicia trisilábica! ¡Nación trisilábica! ¡Pobre fiscal de la ley del ministro».

El orden jerárquico de los funcionarios del ministerio fiscal empieza en el del Tribunal Supremo, artículo 766, y concluye en los fiscales de los tribunales de partido de ingreso, porque el cargo de fiscal de juzgados municipales no da categoría.

Si fuera el fiscal del Tribunal Supremo el fiel intérprete y nada mas de la política del Gobierno, el ministro de Gracia y Justicia debería ocupar el lugar primero en el orden jerárquico de este artículo, y entonces anarquía perfecta: porque en un ramo de la administración de justicia, el ministro de ésta, agente por la Constitución del poder ejecutivo, participaría del ejercicio del poder judicial; y por la doctrina de S. E., si el fiscal del Tribunal Supremo debe ser su autómatas, participa del mismo modo, esté ó no en el catálogo de las categorías ó jerarquías.

El ministerio fiscal, en el ejercicio de sus funciones, es responsable, bajo su responsabilidad, y así como ante los fiscales de las audiencias no consultan con el del Tribunal Supremo sus proyectos, los ponen en acción y no incurrir en responsabilidad de ningún género por haberlo hecho así, siempre que estén dentro de la ley, el fiscal del Tribunal Supremo, independiente en cuanto á este del ministro, no obstante la dependencia del artículo 841, sin consentimiento previo, es el jefe del ministerio, el jefe de sus actos en proyecto, por parte del ministro, puede ponerlos en ejecución, bajo su responsabilidad.

El fiscal del Tribunal Supremo no es el fiscal de S. M., como antes se llamaba; no es el ministerio fiscal una dependencia del Gobierno; es un orden agregado al poder judicial que compone con él todo el mecanismo necesario para la administración de justicia: por eso dice la ley en su art. 764: «En todos los juzgados y tribunales habrá uno ó mas representantes del ministerio fiscal» y por eso el 766 dice: «El fiscal del Tribunal Supremo, y no el fiscal de S. M., los fiscales de las audiencias, no los fiscales de S. M., como antes se decía».

El del Tribunal Supremo tiene en el pleno asiento como presidente de sala del mismo, viste el mismo traje oficial, tiene el mismo tratamiento y la misma dotación: tiene voz y voto en todos los negocios que se despañan en él y en sala de gobierno, y de palabra, ó por escrito, en el acto si no concurren con frecuencia que ser el primero á manifestar su opinión.

«Como sería posible el despacho de tantos y tan importantes asuntos como el fiscal de la ley del ministro, que debería, según su doctrina, saber antes la opinión del Gobierno? A cada expediente de que se diera cuenta tendría que decir el fiscal á los Colmenares: «Entréguesme para informar de él al ministro, para recibir sus instrucciones y para conocer en este negocio su opinión, que luego que yo la dé, le daré la secreta, daré mi voto, que será el de S. E., porque yo aquí no puedo ni debo tener opinión propia».

«Causa indignación el roboamiento á que se quiere hacer descender un destino tan prestigioso, de tan poderosa influencia en nuestra presente organización social».

El fiscal de la ley del legislador en el Tribunal Supremo es el jefe de un ministerio, tutor, defensor, abogado de la ley; es, defendiendo las leyes, el promotor de la justicia; es, defendiendo la independencia judicial, el defensor del poder judicial; es, como debe hacerlo, defendiendo la libertad, defendiendo la sociedad, defendiendo las instituciones, lo defende todo; y cuando todo parece contagiado de inmoralidad, el ministerio fiscal, si tiene conciencia de su misión, y las condiciones de su conciencia, hará imposible que la corrupción general penetre en su santísima morada, de la cual saldrá mas tarde el bálsamo que estrillará la gangrena.

Este es el ministerio fiscal de la ley del legislador, grande en el pensamiento filosófico de su institución, poderoso en sus medios, salvador de la sociedad con sus actos y de influencia poderosísima hasta sobre el ejercicio de algunas de las atribuciones del poder ejecutivo.

«Este último, que parece una exageración, está comprobado con hechos recientes. Previa consulta del Consejo de Estado, en Consejo de ministros presidido por el rey, se acordó por el Gobierno nombrar magistrado del Tribunal Supremo á D. Sebastián de la Fuente Alcaraz, y se espidió el real decreto firmado por S. M. y refrendado por D. Augusto Ulloa, entonces ministro de Gracia y Justicia».

Se presentó de real orden en el Tribunal Supremo copia de este decreto: el Tribunal mandó que pasara á su fiscal, trámite necesario, indispensable.

«¿Qué aprendió el fiscal en el estudio del expediente? Leyó en él que el Consejo de Estado decía que el Sr. Alcaraz podía legalmente ser nombrado, que el ministerio entero aconsejó á S. M. que le nombrara, y que S. M. le nombró á propuesta del ministro de Gracia y Justicia».

«Consultó el fiscal del Tribunal Supremo entonces á su excelencia pidiéndole permiso, pidiéndole instrucciones para evacuar el informe que le exigía el Tribunal Supremo? No; y para qué consultar, si ya la voluntad era oficialmente conocida? ¿Para qué pedir instrucciones, si todas estaban bien comprendidas en el nombramiento? El fiscal de la ley del legislador, el fiscal de la ley del ministro, habiendo cumplido con sus deberes diciendo al Tribunal Supremo «obedezcáse este real decreto, cúmplase con lo que

en él se manda, mi obligación es» en los casos áridos y difíciles (teoría del párrafo segundo del preámbulo del decreto de mi cesantía), y principalmente cuando mis actos «hayan de guardar íntima conexión con otros del poder ejecutivo, no permitirme jamás obrar independientemente», y como debe ser intérprete fiel de los sentimientos, de las ideas y de la política del Gobierno, mi dictamen es que se obedezca lo que el Gobierno manda».

Pero había en el Tribunal Supremo un fiscal de la ley del legislador, y consultó á la ley, no al ministro, á quien no tenía obligación de consultar, á quien no debía consultar, á quien no le era legalmente lícito consultar sin hacer antes abdicación de su independencia, bien entendida, y de sus atribuciones en el Tribunal Supremo, que le había pedido su dictamen... y el dictamen fué en sustancia: «que el nombramiento de D. Sebastián de la Fuente Alcaraz para magistrado en el Tribunal Supremo no estaba arreglado á lo prescrito en la Constitución y las leyes: que el Tribunal Supremo se abstuviera de darle cumplimiento; y que representara reverentemente á S. M. espoliando las razones que tenía para no cumplir». Y el Tribunal Supremo, por unanimidad, aprobó estas condiciones, y dirigí á S. M. la exposición reverente que recomiendo la ley.

Este negocio era bien árido, bien difícil bajo cierta apreciación: manifestaba estaba en él la voluntad del poder ejecutivo, el deseo del poder ejecutivo, el precepto del ministro de Gracia y Justicia con respecto al fiscal, y el infiel de la ley, el olvido de la ley, el dictamen, el infiel del Gobierno había sido, y su destitución, no su cesantía justa y además inevitable.

Pero era ministro de Gracia y Justicia una persona desahogada, y respetuosa á la ley, y respetuosa al ministro, en su puesto á despecho de exigencias tenazmente insistentes al fiscal de la ley que cumplió con su deber, y cuya conducta entonces recibió la sanción unánime del Tribunal Supremo en pleno.

La copia de la circular del 25 no se publicó en Noviembre en el *Boletín de Legislación y Jurisprudencia*, se publicó en los primeros días de Diciembre, algunos después de haberla leído S. E.; y el preámbulo en esta parte no está en lo verdadero.

«No es cierto que la circular se opone á nada de cuanto el Gobierno ha proclamado, y á cuanto han acordado los Parlamentos».

Si en un «arresto de intemperancia palabrera, alguien dijo que una asociación era criminal, yo en mi circular he impugnado aquella explosión condenatoria, ni me he referido á ella, ni cuando la escribí me acordaba de su existencia».

Y si el Gobierno proclamó algo en las Cortes; si estas acordaron algo en conformidad con lo proclamado, ¿qué valor tienen esos acuerdos y aquellas proclamaciones, mientras sean acordados y proclamados, y no hayan tráfingos á leyes escritas y solemnemente publicadas? Ninguno, absolutamente ninguno en los tribunales de justicia; ninguno, absolutamente ninguno para el ministerio fiscal, vida sensible de la ley.

Pudo el Gobierno decir en una Asamblea, en las dos Asambleas, en el Congreso y en el Senado: «Declaro que es delito ser internacionalista», y luego las Asambleas manifestaron su agrado por la declaración del Gobierno contra estos asociados; pero si aquí se hacía algo, si en esta materia no se fallaba bien, ¿qué tribunal de justicia fabricado no se publicaba como ley, ¿qué tribunal de justicia en ley preexistente se atreviera á condenar? Ninguno que tuviera la conciencia de su deber. ¿Qué funcionario del ministerio fiscal se atreviera á promover en estos casos la formación de expediente criminal? Ninguno que mereciera serlo.

La moralidad de las penas hacia la de muerte se defendió, y se defendió bien cuando las leyes que las imponen preexisten al delito. Esta, sin duda, fue la máxima que tuvo presente el Sr. Ríos Rosas cuando en una sesión celebró dicho con espanto de algunos espíritus superficiales: «Que el delincuente tenía el derecho de ser castigado».

El actual ministro de Gracia y Justicia de España, señor D. Eduardo Alonso Colmenares, profesa otra doctrina: quiere que declaraciones del Gobierno en el Parlamento, que no son leyes, sirvan de apéndice al Código penal, aumenten el catálogo de los hechos delictivos, juzgan por ellos los tribunales, se acomodan á ellos los funcionarios fiscales; y que para todos, para fiscales, para jueces, para ciudadanos, se tenga por redactado el artículo primero del Código penal novísimo, de este modo: «Son delitos ó faltas las acciones y omisiones voluntarias penadas por la ley, y los hechos proclamados por el Gobierno y acogidos por el Parlamento, aun penados sin elevados á la categoría de leyes», siendo el artículo lo que no está subrayado.

Nada exagero: el ministro, en el quinto párrafo de su preámbulo, ha dicho textualmente: «Bástale dejar consignado que lejos de aceptar la doctrina desenvuelta por el fiscal del Tribunal Supremo, la considera contraria á la que el Gobierno de V. M. ha proclamado; á la que sancionan con solemnes acuerdos el Parlamento».

«Cuando el fiscal del Tribunal Supremo decida á los fiscales de las audiencias: «Nuestro evangelio como funcionarios del ministerio fiscal en la promoción de causas por delitos es el Código penal: no hay mas delitos que los hechos que en él se califican de tales: son faltas las que él comprende con esta calificación». El ministro de Gracia y Justicia declara cesante al fiscal del Tribunal Supremo porque no dijo á los subordinados: «Perseguid y pedid penas á los establecidos, contra esos hombres á quienes el Gobierno ha llamado criminales, complicándose en ello el Parlamento».

El fiscal de la ley del legislador no pertenece ya al Tribunal Supremo: ya no habrá, mientras sea ministro don Eduardo Alonso Colmenares, fiscal de la ley del legislador; habrá fiscal sin sentimiento de propia dignidad, de la ley del ministro; y desde entonces los hombres encañados en la toga, los oradores de la justicia, los primeros entre los primeros á desempeñar funciones que se asemejen de la dignidad, se sentirán mortificados por la presencia allí, como igual á ellos, á ellos tan merecedores de su altísima dignidad, de un agente del ministro de Gracia y Justicia, sin voluntad propia, sin conciencia propia, sin opinión que no esté subordinada.

Siempre he creído, y lo que he creído he practicado. Que los hombres que viven de una institución, nunca, por mucho que hagan, harán algo bueno por su prestigio y por su grandilocuencia; y esta creencia que yo considero en evitable general, universal, de todos los hombres, no me ha ofrecido hasta ahora más que una sola excepción; la del señor ministro de Gracia y Justicia, que despreciando y empujando al fiscal del Tribunal Supremo haciéndole fiscal de su ley, empujándole al Tribunal, despreciando al Tribunal Supremo, ingiriendo en él un agente de su voluntad, ego, y nada más, de su opinión; un delegado suyo en su ley, sin voto propio por entero; y despreciando á la justicia, institución bajada del cielo, sometiéndola, en un gobierno constitucional, á las declaraciones de un ministro y á los plácemes de un Parlamento, que si es legislador, no lo es él solo, y que aun siendo solo no podría convertir, sin mas procedimiento que su aprobación, en ley un pláceme.

Cumplí con mi deber aun mas allá del que la ley me imponía: no me imponía el dar conocimiento al ministro de la circular á los fiscales, y le di días antes de que el *Boletín* la publicara. La ley orgánica, sin obligar al fiscal de S. M. á pedir permiso al ministro para conceder licencias á los promotores fiscales, le manda, y es el único caso en que manda, «que dé cuenta al ministro de Gracia y Justicia dentro de los ocho días primeros de la fecha de la concesión de todas las licencias que expida».

Por eso yo, entonces fiscal, no di cuenta del dictamen de Fuente Alcaraz, no di al ministro del dictamen sobre competencia negativa entre la Audiencia de Burgos y el Tribunal militar de las Provincias Vascongadas; no di de la amnistía de Agosto en los procesos de los reverendos obispos; no di de mis dictámenes en las mismas causas por la amnistía última; no di de tantos otros importantes obispos, como he tenido el honor de presentar en las salas de justicia, en la sala de gobierno y en el Tribunal Supremo en pleno.

Acto de deferencia, de cortesía, de consideración hacia el ministro, fué el de pasarle un ejemplar de la circular de Noviembre; no un acto de deber en el rigoroso sentido de esta palabra.

Sin motivo justo, en mi conciencia, se me ha declarado cesante; y la conciencia, de los hombres entendidos en justicia, y amantes de la justicia, califica de perfectamente legal mi proceder y aplaudo mi austera energía.

«Ay de los vencedores! se dijo siempre. ¡Ay del vencedor esclamará, yo si me considerara vencido».

Saludo á V., señor director, con afectuosa consideración y B. S. M.—Eugenio Díez.—(El Imparcial.)

## EJÉRCITO PERMANENTE Y ARMAMENTO NACIONAL.

### Segundo artículo. (Continuación.)

Para que estos retiros no aumentasen el presupuesto del Estado, se podría establecer que todas las porterías, celaduras de edificios y propiedades públicas, las plazas de las guarniciones en las audiencias y aun los destinos de escribanos hubieran de proveerse precisamente en soldados que hubiesen cumplido los 40 años y tuviesen 30 de servicio. Se dirá que no todos los soldados saben escribir, y por lo tanto, que no se puede contar con las plazas de escribanos; pero según nuestro juicio, el enseñar á leer y á escribir debería formar parte de la instrucción del recluta, con lo cual quedaba obviada esta dificultad.

Debería suprimirse lo que en la milicia se conoce con el nombre de servicio mecánico, la limpieza de los dormitorios de tropas, cuartos del ganado, condonación del rancho, etc., etc., para lo cual podía haber tres criados por compañía, escuadrón ó batería, que tendrían el mismo haber que los soldados, sin que se aumentase por esto la fuerza reglamentaria que dejamos indicada en lugar oportuno, y que en caso de guerra pasarían á formar parte del servicio de las ambulancias sanitarias y administrativas, á no ser que necesidades perentorias de la guerra obligasen á emplear como soldados. No hay que decir que todo lo concerniente al aseo personal del soldado y de su vestuario, armamento y equipo, seguiría siendo obligación individual, pues los sirvientes no tendrían mas atenciones á su cargo que la limpieza general del cuartel y la condonación del rancho.

En la misma ciudad de buena conducta que tuviesen familia en la misma ciudad donde se hallasen de guarnición, se les podría dar permiso para comer y dormir fuera del cuartel, fuera de los casos de alarma.

Los soldados, como los oficiales, cualquiera fuese su graduación, debían tener la libertad absoluta para casarse, como y cuando lo tuviesen por conveniente, sin necesidad de pedir permiso á sus jefes, quedando sujetos solamente á las prescripciones generales de la ley de matrimonio civil. Estas limitaciones infundadas de la libertad individual que se imponen á los soldados, y aun á los oficiales, son depresivas de la dignidad humana, pues parece que los militares son de peor condición que el mas humilde jornalero á quien nadie trata de impedir el que cree una nueva familia cuando lo estime oportuno.

A este propósito de la falta de consideración que al soldado se le tiene, recordamos que hace algunos años nos halláramos con una batería de montaña cubriendo un destacamento que daba nuestra brigada (asi se llamaban entonces) en una capital de provincia, en la cual era costumbre establecida que el paso en las mañanas de invierno y en las noches de verano fuese en los soporales de la Plaza Mayor. Algunos soldados, aunque en escaso número, comenzaron á pasear por aquellos sitios á las horas en que la concurrencia era mas escogida, y el capitán general de la provincia, parándose al paso, un día, sin ejemplo, dio una orden de la plaza, cuya lectura presenciamos al frente de nuestra batería, mandando que quedase prohibido que los soldados pudiesen pasar bajo los arcos de la Plaza Mayor durante el tiempo que las damas y caballeros de la población ocupaban aquel sitio para su solaz y honesto entretenimiento. Digase si rebajándose de este modo la clase de soldado es posible que haya hombres dignos que voluntariamente se espongan á tales humillaciones.

El soldado raso, á quien con acerdadísima frase calificó el general Ros de Olano llamándole el héroe anónimo de todas las epopeyas guerreras: el soldado raso no debe hallarse privado de ninguno de los derechos civiles que las leyes conceden á los demás ciudadanos; y dignificada la profesión militar en el soldado, se enaltecerá más y mas la categoría del oficial; que así como un gran poeta escribió:

«Que tanto el vencedor es mas honrado  
Cuanto mas el vencido es reputado»,  
bien puede decirse, que tanto mayor es la dignidad del jefe, cuanto mayor es la dignidad del subordinado. Probablemente nadie sabría hoy que había existido en la infantería española los capitanes D. Diego de Urbina y don Manuel Ponce de León, la circunstancia de haber servido de soldado en las compañías que mandaron, el inmortal autor del *Quijote*, circunstancia por la cual los eruditos se dieron á rastrear noticias acerca de ellos, y averiguaron que ambos, y muy singularmente el D. Diego, habían alcanzado en su tiempo alto renombre de valerosos guerreros.

Honra fué, y honra grande, la de los capitanes en cuyas compañías militaron el mas profundo de nuestros dramáticos, Calderón, el mas ingenioso de nuestros poetas festivos, Bulcifer del Aleazar, el *alm*



reales al teniente (que hoy tiene 7.800), y 12.000 reales al ayudante, que debería ser un empleo intermedio entre teniente y capitán.

Se volverá a objetar que el aumento de los sueldos pequeños sube a más que la economía que se obtiene por la disminución de los grandes; pero aun cuando esto fuese exacto, podría resolverse la dificultad sin aumentar el presupuesto de la Guerra, que es de lo que ahora nos ocupamos. En efecto, nada hemos dicho en el curso de este escrito del cuerpo de guardia civil, compuesto en la actualidad de 15.000 hombres; ni de una porción de cuerpos semi militares que existen en Madrid, Barcelona, Sevilla y otras grandes poblaciones, que se llaman agentes de orden público, guardias municipales, etc., etc., y cuya fuerza total puede estimarse en 3 ó 4.000 hombres. Ahora bien, los 18.000 hombres que suman estos institutos armados, deberían desaparecer del presupuesto, formándose de los cuerpos, otro guardia urbana, para la seguridad de las ciudades. De los 60.000 hombres que señalamos al ejército permanente pertenecerían 18.000 a la guardia urbana y a la rural, en esta forma: de los 20 batallones que señalamos a la infantería, doce pertenecerían a la guardia urbana y a la rural, lo cual da un total de 14.400 hombres; y de los 16 regimientos de caballería, seis pertenecerían también a dichos cuerpos, lo cual da un total de 3.600 ginetes. La suma de ambos totales es 18.000 hombres. Componiéndose hoy el ejército permanente de 80.000 hombres, la Guardia civil de 15.000 hombres, y los varios cuerpos de seguridad pública de 4.000 hombres, produce una suma de 99.000 hombres, que quedarían reducidos en la organización militar que hemos propuesto a 60.000 hombres. El gasto que se ahorra por la diferencia de 39.000 hombres, sería mas que suficiente para compensar los aumentos de sueldo que hemos propuesto en las clases de capitanes, tenientes y alféreces, y haría posible el que este corto número de soldados fuesen todos voluntarios, mediante una retribución proporcionada a su trabajo y a los apuros del Erario público.

Hemos concluido estos estudios sobre organización de la fuerza pública. Dejamos sin tocar un punto importantísimo: la creación de un Monte pío y Caja de ahorros militar, cuyas cuotas de pago mensual fuesen forzosa para todos los individuos del ejército desde soldado a general, y que verificando operaciones semejantes a las que hace el Monte pío y Caja de ahorros de Madrid, asegurasen las pensiones de retiro y viudedades militares sin la intervención del Gobierno; pero explicar las bases en que nosotros fundamos este ahorro forzoso y los medios de hacer productivo el grandísimo capital que la sociedad reuniría, fuera materia suficiente para una serie de artículos y no cabe en los límites del presente escrito.

Nuestro objeto principal al escribir estos estudios sobre organización militar, ha sido combatir a los espíritus rutinarios que pretenden perpetuar el sistema vicioso de reemplazos por medio de las quintas, separándonos al propio tiempo de los sofistas que solo admiten el servicio militar voluntario, desconociendo que en la fuerza pública al lado del elemento profesional libre está el elemento de la fuerza total del derecho que es obligatorio.

Entre la utopía de perpetuar lo pasado y la utopía de destruirlo por completo, está la realidad de la vida, que afirma lo pasado en la ciencia, siempre permanente; que afirma lo porvenir en la forma, siempre variable.

LUIS VIDART.

## LA TERTULIA.

MADRID 18 DE DICIEMBRE DE 1871.

### MOMENTOS GRAVES.

Durante muchos días los círculos políticos no se han ocupado de otro asunto que el de la crisis, ni los periódicos han llenado sus columnas con noticias mas importantes; en la conciencia de todos estaba la inminencia de la caída del ministerio, y dándola por supuesta, mas se discutía sobre sus consecuencias que sobre su indudable acaecimiento. Y lo que como todos aquellos actos que inflexiblemente deben cumplirse, a menos de hollar y escarmentar la ley moral, la opinión esperaba confiada en la dignidad y honor político de los improvisados gobernantes.

El sábado era el día señalado para poner término al estado de incoherencia y desconcierto ministerial, abordando en Consejo, y ante su majestad el rey, la cuestión magna de la disolución de Cortes; los políticos andaban preocupados y esperando con ansiedad la solución; los noticieros preguntaban y mentaban; el pueblo entero estaba atento al resultado de la crisis, como quien ve puestos en juego sus mas caros intereses.

El Consejo terminó, y las notabilidades políticas, y los hombres mas respetables, y la población entera, oyeron con asombro que nada se habia hecho, ni nada se habia planteado, lanzando esa burla y ese sarcasmo a quien tiene derecho a exigir a los ministros que cesen en la representación de su ridícula farsa, conocida y silbada, pero costosa y de lamentables consecuencias para el país en que se representa; burla y sarcasmo que acaso puede verse contra ellos, porque no en valde se juega con la seriedad de un pueblo, ni se pisotean sus leyes, se escarmentan sus derechos, y se insulta su moral; burla y sarcasmo, que ni pueden ni deben quedar impunes, si es que no queremos el nuevo entronizamiento de la mas odiosa política.

Hemos hecho una revolución para acabar de una vez con los Gobiernos arbitrarios, hijos del despotismo y de la política de la fuerza, y para sustituirlos con otros asentados sobre la razón y la justicia, el derecho y la moral. Hemos peleado por alcanzar nuestro fin, no uno, sino muchos años, sin escatimar en ellos el dinero ni la sangre; hemos vivido en los calabozos, resignados porque veíamos ante nosotros la esperanza del triunfo; hemos atravesado los países extranjeros con la marca del proscrito en nuestra frente, y la amargura del desterrado en el corazón, y nunca, en ninguna situación, en la mas crítica circunstancia, hemos vacilado en continuar el camino que el deber nos trazaba, la ventura de la patria exigía, y nuestras convicciones nos indicaban. ¿Y creéis que habremos de consentir que sean estériles nuestros trabajos, inútiles nuestros padecimientos, é infructífera la sangre con que hemos empapado las calles y los campos? ¿Habeis soñado que consentiríamos la vuelta a la reacción olvidando nuestra vida de martirios y lanzando a nuestra patria en las miserias de que la arrancamos? ¿Os habeis hecho la ilusión de que somos impotentes y que puede comenzar sin peligro la política de retroceso? Nunca, nunca tales cosas sucederán.

La revolución de Setiembre no ha tenido otra misión en nuestra historia que la de asentar nuestras instituciones sobre la firmísima base del derecho; por eso se ha escrito en ella ese título primero que pesa como una losa de plomo sobre el corazón del hombre mas importante

de la situación, y por eso, como una segunda garantía, la soberanía nacional confirió la mas alta magistratura a un príncipe que se trazó como su deber la mas rigurosa observancia del Código fundamental, deber que rectamente viene cumpliendo. Si la revolución de Setiembre no significara eso, para nada nos hubiera hecho falta, y bien estaríamos como estábamos.

Pero se nos dirá: ¿cómo teniendo las garantías del Código constitucional, garantías que faltaban en la época de la ex-reina Isabel, y cómo teniendo un príncipe severamente guardador de los preceptos de ese Código, que es el reverso de lo que acontecía en aquellos tiempos, puede, sin embargo, asomar la cabeza la reacción, precisamente en las esferas del poder? La contestación es muy sencilla: las atribuciones de la potestad real son muy limitadas, y solo pueden ejercitarse cuando hay actos que la determinen y la provoquen: la Constitución tampoco puede tener uno ó mas artículos en que diga lo que se ha de hacer cuando la consecuencia ministerial se parezca mucho a la falta de lógica, de dignidad y de moral política.

No repetiremos nosotros con Fray Gerundio aquello de que España es el país de los *vice-versas*, y no lo repetiremos, porque en todo lo que está ocurriendo a nuestra vista vemos algo mas que una inconsecuencia y una falta de lógica, vemos algo mas grave y mas profundo, que es necesario combatir a toda costa. Lo que pasa es que la lucha eterna en la historia, bajo múltiples formas, entre la libertad y el despotismo, el derecho y la fuerza, acallada un momento por el estruendo aterrador de la revolución y los vótores que el triunfo arrancaba a los pechos generosos, vuelve a renacer en partidos que se llaman liberales; existiendo uno sin principios, en cuyo corrompido seno solo puede leerse «vanidad y egoísmo». Y como este partido a quien nos referimos fortuitamente ha ocupado el poder, la lucha ha tomado un aspecto de gravedad que en vano trataríamos de ocultar a nuestros lectores: la libertad está en lucha con la fuerza.

Y no hacemos suposiciones gratuitas: ellos no repentan en el poder ninguna idea, ningún sistema, ninguna doctrina; ellos no representan la voluntad del país, ni aun la voluntad de las Cortes; ellos no hacen otra política que la del equilibrio, ni se proponen otro fin que el de conservarse en el poder; para ellos, podíamos decir parodiando a Montesquieu: «La Constitución solo es un Código donde aprenden hasta qué punto pueden violar la justicia sin perjudicar sus intereses.» ¿Y cómo llamarán a esta política las personas honradas, los hombres de recto criterio, sino política despectiva y política de fuerza? En el ánimo de todos estaba la caída del ministerio, la conciencia del pueblo la esperaba como un acto necesario. ¿Y cómo calificaremos a un ministerio cuyos actos repugnan a la conciencia?

La cuestión, lo hemos dicho y lo repetimos, es grave, y esa gravedad no ha podido evitarla la Constitución, que contaba con la moralidad política, ni la prerrogativa regia que no ha tenido ocasión de ejercitarse: la responsabilidad toda, absolutamente toda, es de esos hombres que, embriagados en las alturas del poder, así se olvidan de sus mas importantes deberes.

No hay que cansarse en buscar otra explicación de los sucesos; es que los disidentes están haciendo política reaccionaria, sin darse acoso cuenta de que la pendiente es peligrosa, y una vez comenzada, no hay otro límite que el que pueda imponerles una fuerza mayor.

Después de todo, la lección es provechosa, porque nos han demostrado que no bastan las leyes, ni la justa voluntad de un monarca modelo, sino que son necesarios gobernantes de buena fé, sinceramente constitucionales, amantes de la libertad, del progreso y de la felicidad de su patria.

A nuevas instituciones, nuevos hombres; este es todo el secreto, y sobre ellos un pueblo inexorable que no permite la mas leve trasgresión de la justicia, que no se deje impune el mas leve atentado contra la libertad, haciendo efectiva la responsabilidad del que faltase por los medios legales que la Constitución nos ofrece.

Si al abandonar mañana el poder los hombres que hoy lo ocupan, supieran que realmente eran responsables, y no encontrarán una mano que estrechara la suya, a no ser para conducirlos al banquillo de los acusados, entonces la grande obra revolucionaria hubiera encontrado su complemento, la libertad estaría perfectamente garantida, sería una verdad el reinado del derecho, y no volveríamos a tener momentos tan graves como los que estamos atravesando.

Solo la justicia podrá hacernos grandes y libres.

### BANQUETE RADICAL.

Con verdadera solemnidad ha celebrado ayer el partido progresista democrático el triunfo que en las elecciones de ayuntamientos ha obtenido en Madrid y en la mayoría de las capitales y pueblos ilustrados de nuestra España liberal.

Nos referimos al brillante banquete que la junta directiva ó comité de nuestro partido ha obsequiado en el magnífico restaurant de Fornos a los nuevos concejales del municipio de esta Corte, obsequio en el cual se comprendían a todos los ayuntamientos de provincias cuyos individuos han sido electos como progresistas democráticos, ostentando en la lucha la bandera de nuestro partido, ó sean los principios y aspiraciones del manifiesto de 15 de Octubre, expresión fiel de la política práctica

de gobierno del Gabinete radical presidido por nuestro ilustre amigo el Sr. Ruiz Zorrilla.

A las siete y media de la noche dió principio a esta solemnidad, con asistencia de los señores Ruiz Zorrilla, general Córdova, Becerra, Ortiz y Landatini, Figueroa, Ruiz Gomez, Avalos, Moret, Colon (D. Fernando), marqués de la Florida, Ponte (D. Carlos), Gasset y Artime, Mata (D. Pedro), Lalama, Vinaja, Lopez Coronado, Pardo Bartolini, Fernandez Villante, Colina, Navarro y Fernandez, Sanchez Sacristan, Sampedro, Sanchez y Lopez (D. Antonio), Rodriguez (D. Isidro), Selgas, Pardo Borja, Ridaura, Ruiz Rero, Gutierrez (D. Rufino), Feyto San Martin, Ochoa y Fernandez, Diaz Padilla, general Alaminos, Ramos (don Félix), brigadier Lagunero, Barrio y Martin, Gil Sanz, Ondovilla, Montero Rios, Alvarez Osorio (D. Anibal), Prado y Vazquez, Negrete y Gil, Ruiz de Quedo, Rodriguez Villabrille, Alcalá Zamora (D. Gregorio), Marina, Escosura, Peñasco, García San Miguel, Príncipe, Sanchez y Menendez, Saulate, Rios Portilla, Torres y Lopez (D. Manuel), Madrazo, Gomez (D. Manuel), general Acha, Rodriguez (don Vicente), marqués de Sardoal, general Beranger y otros, reinando durante toda ella la mas franca y expansiva cordialidad, el entusiasmo y la identidad de propósitos mas perfecta posible.

Como la importancia de este acto no está de manera alguna en la magnificencia misma del banquete, que desde luego la comprenderán nuestros lectores, por el crédito justamente adquirido de dicho establecimiento, prescindiendo de este extremo, vamos a dar cuenta únicamente del carácter político de dicho acto, reseñando los brindis que en él se pronunciaron, brindis que inauguró el Sr. Ruiz Zorrilla fijando el objeto de la reunión que no se limitaba, como tenemos dicho, a felicitar al futuro municipio de Madrid, sino a todos los de los pueblos de España, donde el partido radical ha triunfado, a pesar de haber sido tan rudamente combatidos por el Gobierno y por los partidos reaccionarios todas nuestras candidaturas.

Para cumplir nuestro deseo, nos bastará reproducir la reseña que anticipa nuestro colega *El Imparcial*, llamando la atención de nuestros lectores sobre las declaraciones importantes que nuestro dignísimo jefe el Sr. Ruiz Zorrilla consigna en el discurso con que resumió el espíritu de todos los que se habían pronunciado en esta solemnidad:

*El Sr. Rodriguez (D. Vicente)* leyó una entusiasta y elocuente felicitación a los concejales electos, de D. Felipe Vazquez y Vazquez.

*El Sr. Vinaja* brindó por el rey, por su virtuosa consorte, por el nuevo municipio, y porque realice el programa de moralidad del partido progresista democrático.

*El Sr. Moret* dijo que las revoluciones causan siempre grandes ruinas, pero que también traen poderosos elementos con los cuales se reedifica mas sólidamente. Que la misión del Ayuntamiento es realizar el orden, la salud y la moralidad, trasunto de lo que existe en el hogar doméstico y la libertad. Que si al salir del municipio los concejales electos tienen la conciencia de haber satisfecho estas necesidades, podrían decir con orgullo que la patria les quedaba agradecida.

*El señor marqués de Sardoal* comenzó hablando de la importancia que la reunión tenía como un acto político, dando a la vez las gracias en nombre de todos los concejales electos al comité progresista democrático por la deferencia que ha tenido honrándoles con el banquete. En nombre de sus compañeros dijo igualmente que el municipio no tenía solo atribuciones administrativas, sino también políticas y bajo este último punto de vista, declaraba que obrarían siempre con el criterio del partido cuya bandera les ha servido de enseña en la batalla a la que deben su elección. Que los municipios recientemente elegidos son los primeros que van a funcionar dentro de la legalidad revolucionaria, lo cual impone la difícil tarea de crear aquel espíritu que alentaba a las antiguas comunidades de Castilla aniquiladas después de la rota de Villalar; pero que era necesario no desmayar ante la magnitud de la empresa, pues tanto mayor es la gloria cuanto mas grandes son los obstáculos vencidos.

Brindó por la milicia ciudadana y porque adquiriera una poderosa organización, asegurando que esta benemérita institución es el mas firme apoyo del municipio y la garantía mas segura de orden y de libertad. Dijo que brindaba por esta dinastía, que para el partido radical no es solo la mejor sino la única posible, por la reina Victoria y por Manuel Filiberto, príncipe de Asturias.

*El Sr. Figueroa*, al dirigirse a los nuevos concejales, brindó por el libre comercio, que mandó ahorar Fernando VII sin otro dolo que el de haber sido concejal de ideas liberales en el municipio de Madrid. Dijo que el monarca absoluto creyó sin duda matar la libertad del municipio derramando la sangre de aquel mártir, pero que se habia equivocado como se equivocan siempre los tiranos; pues en aquel momento renacia de aquella sangre los concejales elegidos por el pueblo madrileño, los cuales, esperaban que se inspirarían en la conducta noble é independiente del ilustre mártir del ayuntamiento de Madrid.

*El Sr. Ridaura* (concejal) brindó por la milicia nacional, a la cual, dijo, era necesario dar mayor impulso, por que era y habia sido siempre la garantía de la propiedad y de la familia en momentos supremos para el pueblo de Madrid.

*El general Alaminos* recordó el nombre del ilustre marqués de los Castillejos, porque a él se debe la denominación de radical que con tanta gloria ostenta nuestro partido. Enumeró sus grandes cualidades, sus mártires, y dijo que este partido tenía un programa definido y radical, una organización poderosa, y hombres eminentes en la ciencia del gobierno.

*El Sr. Ramos Prieto* (concejal) brindó por el partido radical y por el manifiesto del 15 de Octubre, al cual se adherían todos los concejales de su distrito.

*El Sr. Mata (D. Pedro)* comenzó saludando a los nuevos concejales, sintiendo que el Gobierno los considerase como afectos a la actual situación política, aunque esto era contestado en aquel momento con sus declaraciones en favor del partido radical. Que era absurdo negar a los ayuntamientos carácter político, lo cual solo pueden decir los que quieren la absorción por el Estado de la autonomía municipal: los conservadores, que después de provocar con sus actos las revoluciones, carecen de valor y de fuerza para evitarlas.

*El Sr. Ochoa*, en nombre de los concejales del distrito de Buenavista, consagró un recuerdo a su compañero el Sr. Estéban y Calvo, que acaba de bajar al sepulcro, y dijo que los tres concejales restantes se adherían al manifiesto del 15 de Octubre.

*El Sr. Fernandez Villante* hizo igual declaración a nombre de los concejales del distrito del Centro, añadiendo que habían tenido que luchar con los candidatos apoyados decididamente por el Gobierno, además de tener en frente la candidatura republicana.

*El Sr. Pardo Bartolini*, en nombre de sus compañeros del distrito del Hospital, dijo que era necesario no solo adherirse al manifiesto, sino realizarlo como programa. Después, como diputado provincial que ha sido, consagró un recuerdo a Alonso Cordero y Villante, a la vez que que al ilustre Calvo Asensio.

*El Sr. Ruiz Gomez* brindó por el Ayuntamiento de Madrid, y con él por todos los ayuntamientos de España, haciendo observar que el municipio de Madrid es la cabeza y el corazón de todos los de la monarquía: que siendo

esto así, vencer ó perder en la corte es vencer ó perder en el resto de España, y no se comprende en buena teoría constitucional que debe seguir en el poder un Gabinete que se ha visto derrotado en la elección del primer ayuntamiento de la nación.

*El Sr. Rios Portilla*, refiriéndose a las declaraciones hechas por el Sr. Ruiz Zorrilla de que el banquete dado a los concejales electos por Madrid significaba a la vez su felicitación a los municipios radicales del resto de la Península, se levantó a dar las gracias al comité en nombre de los concejales radicales elegidos en la provincia de Castellón; y creyendo interpretar el sentimiento de todos los de España daba un abrazo fraternal en su nombre a los concejales electos por Madrid. Brindó también por la libertad, consagrando un sentido recuerdo a la memoria del ilustre marqués de los Castillejos, que en su juicio era la personalidad en quien mejor habia encarnado la idea liberal en el actual momento de la historia.

*El Sr. García San Miguel*, en nombre de Asturias felicitó cordialmente al ayuntamiento de Madrid, deseando que bajo la nueva legalidad municipal sirva por sus actos de norma a los demás ayuntamientos de España.

*El general Córdova* brindó por el ejército español, hijo del pueblo y animado de un espíritu verdaderamente liberal, y que será siempre el primer sosten de la Constitución y de la dinastía, y también por los voluntarios de la libertad que durante tres años han sostenido por sí solos el orden y la libertad, en Madrid principalmente.

*El general Beranger* se adhirió al brindis del señor Fernandez de Córdova en nombre de la marina, también dispuesta a sostener los altos intereses de la patria.

*El Sr. Diaz Padilla*, en nombre de los concejales del distrito de Palacio, declaró que se adhería a la política del manifiesto del 15 de Octubre, y que serían en el municipio la representación del partido radical.

*El Sr. Prado*, del distrito de la Universidad, brindó por el jefe del partido, declarando que él y sus compañeros habían ofrecido sostener la bandera radical, y no aceptar destino alguno retribuido.

*El Sr. Becerra* brindó por la libertad; dijo que donde quiera que está la libertad está el orden; que el municipio es la institución fundamental de todo pueblo libre, de lo que son un ejemplo Suiza y Bélgica; recordó, a propósito de los que niegan a estas corporaciones carácter político, que en esta última nación, el burgomaestre, en sucesos recientes que no crece necesario repetir, habia hecho declaraciones que de seguro habrían sido calificadas de irreverencias por nuestros partidos conservadores; afirmó que el municipio es la garantía mas segura de la libertad, y ocupándose de las pasadas elecciones, aseguró que al asistir a las de la Audiencia habria podido convenirse, sino lo hubiera estado de antemano, que este era uno de los distritos mas liberales de España, en el que los electores como los elegidos, sin previo acuerdo, estaban completamente conformes con el manifiesto radical del 15 de Octubre. Recordó al nuevo municipio que hay una fuerza ciudadana que en los momentos mas críticos de la revolución supo conservar el orden y la libertad, y que debe cuidar de su organización; haciendo extensivo su deseo a que en el mas breve plazo posible todo español sepa leer y escribir. Sostuvo que el partido radical, sin dejar de serlo y por eso mismo, aunque tal vez causase estrafaleza, era el único partido verdaderamente conservador; que no lo eran los que iban hacia atrás, y que, aunque se llamaban así, eran simplemente reaccionarios.

Afirmó que la libertad y la monarquía eran perfectamente compatibles, y preguntando lo que es el partido radical, lo que quiere y adónde va, dijo que este es el partido esencialmente revolucionario, que tiene como punto objetivo la libertad y como criterio la Constitución de 1869, base de nuestro sistema político; que quiere todo lo que sea preciso para armonizar legalmente la libertad, para que el Gobierno del país sea lo mas barato posible, y en fin, que los ciudadanos que representan la conciencia pública sean jueces, constituyéndose en el jurado.

Respecto a las provincias de Ultramar, creía que lo primero era salvar el honor de la patria y la integridad del territorio, y luego cumplir las promesas que se le habían hecho, ó sea estrechar su unión con la Metrópoli por medio de la libertad. Consagró un sentido recuerdo a la memoria del ilustre general Prim y a su virtuosa consorte. Expresó asimismo su deseo de que el partido radical sea poder por los medios legales, a fin de que prepare convenientemente al país para que con un ejército bien organizado y teniendo a su frente un príncipe valeroso, pueda aguardar tranquilos los acontecimientos de la política europea y tomar la actitud que convenga a los intereses nacionales; y concluyó brindando por el ejército, por la armada y por la fuerza ciudadana, a cuyo lado habia siempre peleado por la libertad.

*El Sr. Saulate*, representante de la provincia de Segovia, manifestó que al oír hablar de libertades municipales no podía menos de levantarse recordando uno de los primeros y mas gloriosos municipios de España. Dijo que si se suprimiese la institución municipal, no quedaria ni sombra de libertad. Cuando la casa de Austria se propuso acabar con las libertades públicas, no buscó otro procedimiento que el de ahogar el sentimiento de la autonomía comunal; y así sucedió hasta que la influencia de la revolución francesa se hizo sentir en España, llegando a su mayor altura después de la revolución de 1808, en que es completamente libre. Que el municipio de Madrid es el resumen de todos los de España, y no deben, por lo tanto, olvidar sus concejales que a su lado se encuentran todos los de la nación, que juntos forman un baluarte inexpugnable. No basta a un pueblo tener una Constitución sabia; la base de la libertad es el municipio, no perdiendo de vista que, no solo de la libertad política, sino de la libertad civil. Brindó por los que defienden en Cuba la integridad nacional. Dijo que los partidos liberales no han tenido el suficiente acierto hasta ahora en la gobernación del país; pero que hoy, separada la mala semilla, nada les impedirá llevar sus teorías a la práctica y consolidar la libertad en España, para lo cual tenían hombres importantes y, sobre todo, un digno jefe, por quien brindaba.

*El Sr. Becerra* declaró que cuando tuvo la honra de proponer como jefe del partido al Sr. Ruiz Zorrilla habia mucho tiempo que no le habia visto, y que lo hizo espontáneamente y porque estaba así en el ánimo de sus amigos.

*El Sr. Montero Rios* brindó por el presente y los futuros destinos del partido progresista democrático, que tenía bandera, programa y jefe. Haciéndose cargo de una alusión del Sr. Saulate, dijo que para asegurar la libertad política es preciso consolidar la civil; pues no basta hacer una Constitución y una dinastía, sino que es además necesario que la Constitución, al ser aplicada al municipio, lo sea de una manera expansiva y liberal. Brindó por D. Amadeo I y su augusta y virtuosa consorte.

*El Sr. Madrazo* brindó por el Ayuntamiento de Madrid y por el pueblo que, comprendiendo las tendencias del partido radical, le habia elegido. Habló de la libertad de la prensa, de cultos, de asociación, todas ellas palancas del progreso y únicas que pueden sostener realmente la causa del orden. Es preciso, añadió, tener fé en la libertad, pues que solo a su nombre puede realizarse el derecho, y por lo mismo brindaba por la libertad de cultos, de imprenta y de asociación.

*El Sr. Escosura* dijo que creía de su deber hablar de las provincias ultramarinas, deseando que ante todo se saque a salvo la integridad de la patria, pero que no debia olvidarse que Puerto-Rico, que obedece y calla, fiel a la causa de España y sostenedora de nuestro pabellón, no merece seguir la suerte de Cuba, sino que, por el contrario, es acreedora a que se la concedan las libertades municipales.

*El Sr. Gil Sanz* explicó por qué llaman hoy tanto la atención las elecciones municipales, respondiendo, esto a

los progresos de la libertad práctica, que habia herido de muerte al doctrinarismo. Dijo que el pueblo no queria ya mistificaciones, sino la aplicación íntegra y en sentido mas recto de la Constitución.

*El Sr. Gasset y Artime*, como individuo que ha sido del ayuntamiento saliente, saludó al nuevo municipio que iba a poner en práctica las leyes complementarias de la Constitución democrática. Que no podía menos de envidarse de los votos que habia obtenido en el distrito de la Latina, enviando un recuerdo de gratitud a los electores de aquel liberal distrito.

Enumeró luego las ventajas que nos ha proporcionado la revolución: el Código fundamental, las libertades que de ella emanan, la dinastía. Brindó por el ilustre general Espartero, y recordando los grandes medios que el partido radical tiene para triunfar dentro de la legalidad, dijo que cualquiera que fueran las eventualidades de la política, esclamaría como *El Imparcial* el día 18 de Noviembre: ¡Viva la Constitución de 1869! ¡Viva Amadeo II!

*El Sr. Lagunero* dijo que esperaba del nuevo ayuntamiento que comenzara variando el nombre de la calle del Turco por el de la calle de Prim para perpetuar la memoria del ilustre mártir, brindando por su virtuosa esposa. Manifestó que las condiciones en que se presenta el partido llamado conservador, son, en su concepto, fatales para la libertad, y es preciso, por lo tanto, que los partidos liberales sean tan severos como respetuosos a las instituciones para hacer entrar en la legalidad a los conservadores.

Varios concejales se levantaron después para dar su aprobación a la idea del Sr. Lagunero.

*El Sr. Ruiz de Quedo* felicitó a los concejales electos, y recordó para hacer su elogio a muchos de los hombres ilustres que cuenta en su historia el partido liberal español. Dirigió después un ruego al futuro ayuntamiento para que favoreciera el aumento de los voluntarios de la libertad, por ser institución sostenedora de las libertades del municipio y del orden público.

*El señor marqués de Sardoal* se levantó para recordar que hacia veinticuatro horas todos los concejales habian acompañado a su última morada el cadáver de uno de sus compañeros, proponiendo que en prueba de cariñoso recuerdo se nombrara una comisión compuesta de un concejal por distrito para dar el pésame a su desconsolada viuda, idea que fué aceptada. Dijo que en nombre de todos los concejales monárquicos elegidos por Madrid se adhería al manifiesto de 15 de Octubre, escitando a todos sus compañeros presentes para que se levantara a desautóricar aquel que no estuviera de acuerdo con la declaración. Habló de las clases conservadoras, marcando la diferencia que existe entre estas y el partido conservador; este, añadió, podrá ser contrario al nuevo ayuntamiento de Madrid; pero aquellas, que prefieren a todo el orden, la moralidad, el reposo, una buena y económica administración, estarán al lado del futuro municipio, que sabrá llenar cumplidamente aquellos fines.

*El Sr. Moret* expresó el convencimiento de que el municipio electo tenia una gran misión que cumplir en orden a tres diferentes fines: primero, organizar convenientemente el ayuntamiento para que esté dispuesto siempre a salvar el orden y la libertad, ideas correlativas, siendo la égida de la moralidad en el hogar doméstico; segundo, adelantarse a las ideas facilitando la creación de asociaciones para mejorar el estado de las clases menesterosas, elevándolas por el modo del trabajo y la cooperación a su bienestar, que hoy no le es posible; tercero, levantar el nivel intelectual de los hijos del pueblo de Madrid en nombre del partido progresista democrático, fomentando los medios de instrucción, en la seguridad de que a medida que el pueblo se eduque será mas libre, mas laborioso, mas rico, y por lo mismo mas amante del orden.

*El Sr. Torres* (concejal) dijo que el ayuntamiento no solo desempeñaba funciones administrativas, sino también políticas, y en prueba de ello recordó lo ocurrido con los municipios del año 1840, y manifestó a nombre de sus compañeros del distrito del Hospicio que se adherían al manifiesto del 15 de Octubre.

*El Sr. Ponte* (D. Carlos María), en nombre de los concejales del distrito del Congreso, se ofreció a defender en toda su integridad el manifiesto del partido radical. Brindó por el rey y por su augusta esposa: hizo ver que la base de la moralidad política es la moralidad doméstica, pues en su concepto, no es posible ser buen ciudadano sin ser buen padre de familia, y terminó brindando por el pueblo de Madrid, siempre dispuesto a sacrificarse por la libertad y también por la caridad, como lo demostró durante la invasión cólera de 1865.

*El Sr. Mata*, como representante de la provincia de Huelva, felicitó al municipio electo de Madrid y al partido radical que representaba.

*El Sr. Alcalá Zamora* (D. José), como representante de la provincia de Granada, se asoció a los brindis anteriores y recordó que en la ilustre capital que él representaba nació Mariana Pineda, una de las víctimas del absolutismo.

*El Sr. Ruiz Gomez* se felicitó de la unión y conformidad de pareceres que habian resplandecido en todos los discursos: lamentó al propio tiempo que en el seno del partido progresista democrático hubiera surgido una profunda división, recordando con este motivo otras surgidas en épocas anteriores, en las cuales habian tenido que sufrir sus autores grandes amarguras y la pérdida de su prestigio dentro del partido.

*El señor marqués de la Florida*, como representante de la provincia de Canarias, dijo que felicitaba al partido radical de Madrid por el brillante triunfo que acaba de obtener en las elecciones municipales, así como a los concejales electos. Añadió que en su provincia se habian prorrogado por motivos fáciles de explicar las elecciones municipales hasta el mes de Marzo, y que brindaba porque del mismo modo que se felicitaba ahora del triunfo de la oposición radical, triunfara en Marzo los ministeriales en Canarias.

*El Sr. Ruiz Zorrilla* se levantó para resumir los distintos brindis que se habian pronunciado, fijándose en primer término en lo referente a la cuestión de Ultramar. Consignadas mis opiniones, dijo, en el voto que di con mis compañeros en las Constituyentes, en la contestación al discurso de la Corona, y en mi programa como presidente del Consejo, en el manifiesto de 15 de Octubre, no tengo mas que repetir lo que he manifestado en todos esos casos, y declarar que es necesario ante todo vencer la insurrección de Ultramar, cueste lo que cueste, cualquiera que sean las circunstancias y el número de los enemigos; y correr presurosos allí donde se grite muera España, hasta exterminar, si es necesario, a los que con ese grito hacen hervir la sangre de todo el que no reniega de la madre patria.

Esta es nuestra bandera, estos nuestros propósitos, que no lograron desfigurar todas las argucias de nuestros enemigos, y con esta bandera y con estos propósitos, lo mismo auxiliáramos al Sr. Nocedal que al Sr. Castelar, si fuesen poder, para que cumpliesen el mas alto de todos los deberes: el de mantener la honra de la nación, representada por la integridad de su territorio. Cuando hayamos vencido, cuando ya no se grite muera España, tenemos también el deber de cumplir, en el momento que se crea mas oportuno, lo que hemos ofrecido a las provincias de Ultramar.

No habíamos de filibusteros ni de negreros, habíamos solo de españoles y de enemigos de España, porque la causa de España es la que allí está puesta en cuestión. Recordando después que se habia invocado el nombre del general Espartero, dijo que éste debia ser para todos objeto de veneración y de cariño, como lo era para él, y que no debia recordarse sino para enaltecerlo; pues siendo el mas ilustre de todos los hombres de su partido, digno lo que querian nuestros adversarios, estaba siempre con los mas, rindiendo en todo respetuoso tributo a la fórmula de la soberanía nacional.

Aludiendo a las declaraciones que respecto a su elec



ción para jefe del partido había hecho el Sr. Becerra, dijo que este tenía mucha razón; que para él había sido una verdadera sorpresa el acuerdo tomado por la Tertulia; que no se lo explicaba sino por un rasgo de delicada abnegación del Sr. Rivero y sus amigos; que no había solicitado ni directa ni indirectamente este honor porque estimaba en mucho su reputación; que no creía merecer ninguno de los puestos públicos que había ocupado; pero que tampoco había solicitado ninguno, procurando siempre no dejar tras de sí la idea de una ambición injustificada; y que reconocía franca, sincera y lealmente que dentro del partido había inteligencias superiores a la suya, de vastos y profundos conocimientos, y que por su edad habían podido prestar y habían prestado mayores servicios que él a la libertad.

Lo que sí puedo ostentar, concluía diciendo, es una lealtad y una consecuencia a toda prueba; y cuando se trata de batir a nuestros enemigos, cualquiera que sea la bandera o el disfraz con que se cubran, sabré cumplir con mi deber.

Pasó después el Sr. Ruiz Zorrilla a ocuparse de la actitud, pretensiones y tendencias de los conservadores, demostrando que empiezan en sus reuniones por prohibir que se dé publicidad a sus discusiones por no abordar ninguna cuestión, por no estar conformes en nada; se llaman monárquicos, dijo, y no están de acuerdo acerca de la persona del monarca; se llaman liberales, y no aceptan la Constitución; se llaman conservadores, y no quieren conservar nada sino destruirlo todo; acusan a nuestro partido de que no tiene dogma, ¿sabéis por qué? porque no pueden apoyarse en el sentimiento popular, porque no tienen masas que les oigan, porque no quieren gobernar con la libertad de imprenta, con el derecho de asociación, porque se empeñan en vaciar su sistema de gobierno en el estrecho molde del censo, de las reuniones de 20 personas, previo permiso de la autoridad, y en fin, de todo el organismo caduco que derribó para siempre el soplo revolucionario que era el soplo de la civilización; si quieren vivir la vida de los pueblos libres, es indispensable que adopten nuestro sistema, cuyo fundamento es la opinión pública, en que tienen que inspirarse todos los poderes y todas las fuerzas sociales.

Lo que ellos llaman clases conservadoras, añadía, son clases privilegiadas; las verdaderas clases conservadoras son las que trabajan: nuestra situación es sencilla: somos, y no podemos menos de ser, por convicción, por delicadeza y por todo género de consideraciones y de intereses, partidarios de la dinastía de Saboya y de la Constitución, fuera de la cual no hay mas que una serie de peligrosas aventuras y en último término, el caos para la sociedad española: seamos oposición o poder, nuestro partido no tiene ni puede tener otro lema ni otra bandera. El partido progresista, que ha sido siempre un partido honrado, no puede ofrecer al país el caos. Cualesquiera que sean las eventualidades en su porvenir inmediato, no saldremos de la legalidad. Dentro de ella conquistaremos el poder: si tenemos que luchar mañana en las elecciones como oposición, vayamos con dignidad, con energía, que acostumbrados estamos a la lucha y al sufrimiento.

Dicho esto acerca de la cuestión de conducta, el señor Ruiz Zorrilla felicitó a los concejales electos de Madrid por sus declaraciones, refiriéndose a lo dicho por el señor Moret en cuanto a la misión de los municipios, y acerca de si debían tener o no carácter político estas corporaciones, añadió que debían atenerse a la ley y cumplir con sus deberes de hombres honrados y buenos liberales.

Después de dar las gracias por la unánime aceptación que había tenido la proposición del Sr. Lagunero para honrar la memoria del ilustre general Prim como protesta de la horrible catástrofe de la calle del Turco, concluyó insistiendo en sus anteriores aseveraciones respecto de la cuestión de conducta y afirmando que estaba seguro del triunfo del partido radical como los medios que le proporcionaba el título I de la Constitución.

Terminado el discurso del Sr. Ruiz Zorrilla, se disolvió la reunión a las doce y media, dejando en todos los concurrentes gratísima impresión.

Escusaron su asistencia por motivos de salud los señores Rivero, Martos, Llano y Peral, Salmerón (D. Francisco), Tomé y Oandarra y algún otro que no recordamos.

Después de un artículo encaminado, al parecer, a desvirtuar el que tanto ha dado que decir y en realidad a flagelar las espaldas de los reaccionarios que lo habían censurado, observa *La Política* que en 1865, el artículo *Meditemos* del Sr. Lorenzana, fué objeto de censuras análogas a las que ha obtenido su tremendo *Pastel*, y posteriormente, los mismos que le habían anatematizado, entregaron al autor la cartera de Estado.

Añade que el autor del *Pastel*, Sr. Mentaberry, pudiera encontrarse en idéntica situación pasados algunos meses.

**Corolario:** «Si cuando conspirabais contra don Isabel, censurásteis a Lorenzana y le disteis después la cartera de Estado, puede deducirse que estais conspirando hoy contra don Amadeo, y por eso censuráis a Mentaberry, sin perjuicio de premiarle si llegaseis a realizar vuestros designios.»

Nada oponemos a lo dicho por *La Política*; solamente nos permitiremos aconsejar al señor Mentaberry que si espera la cartera de Estado por el mismo medio que lo obtuvo el autor de *Meditemos*, puede sentarse y aun acostarse si no le disgusta la posición horizontal.

La prensa ministerial no puede soportar con paciencia que hasta los enemigos políticos del partido progresista democrático, del partido que genuinamente representa el espíritu de la Constitución, y que es el mas firme apoyo de la nueva dinastía, declaren que el Gabinete radical, presidido por el Sr. Ruiz Zorrilla, ha observado estrictamente la Constitución, lo cual no puede decirse del Gabinete sagastiano.

Los republicanos han dado su manifiesto; en él piden, como es en ellos natural, la república, y como la piden recomendando a sus correligionarios que se encierran en la órbita legal, nada tenemos que decir, pues no es un sueldo escrito a propósito para demostrar cuán equivocados están los partidarios de esa forma de gobierno, que no es un principio, sino un medio. Cuando se haga política decente y pueda la prensa, libre de indignidades y miserias, cumplir su honrosa misión, discutiremos con sumo gusto sobre aquel tema, esperando que algún efecto surtan nuestras razones.

Algo hay, sin embargo, que no podemos dejar sin correctivo; en su afán de desacreditar el poder real, le achacan los firmantes la responsabilidad del decreto de suspensión, y como este decreto no tuvo esencialmente nada censurable como aquel decreto, nada tuvo de antiparlamentario ni de imprudente, mas que su lección; no es justo que pueda echarse responsabilidad, siquiera sea moral, mas que sobre los ministros que antepusieron su afán de mando al bien de la dinastía y de la nación.

Agradecemos por último la justicia que se hace a nuestro partido, consignando que se atuvo siempre a la Constitución.

Toda la prensa no ligada al ministerio con vínculos mas o menos sagrados, refleja el asom-

bro con que se ha visto que después de acordado en Consejo de ministros llevar a la decisión de S. M. la cuestión de disolución de Cortes, no se verificase así.

Solo explican este fenómeno los bien enterados de la marcha de las cosas, diciendo que el Gabinete tomó su acuerdo del viernes en la inteligencia de que el decreto sería firmado, y que en este concepto se extendió; pero desconfiando de que fuese firmado por S. M., se lo guardó el Sr. Malmcampo, sin atreverse a decir una palabra sobre él.

Jamás se ha visto una cosa parecida, ni aun en los tiempos de mayor decadencia gubernamental. Tomar una resolución sobre el punto cardinal de la política y retroceder ante la perspectiva de abandonar el mando que inmerecidamente se ejerce, solo es propio de hombres como los que constituyen el actual Gobierno.

Si ha de haber política, si ha de decidirse sobre las cuestiones que tanto preocupan al país, si hemos de tener Cortes y presupuestos, va a ser necesario que el ministerio sea despedido por la Corona, como ya lo fué por las Cortes.

De otra manera no es fácil conseguirlo; pues está visto que no entiendo de indirectas, ni hay sonrojo que le haga abandonar un puesto en que se está haciendo tan molesto.

Dice un colega de la mañana, examinando un artículo de *La Época* en que este periódico dirige sus acusaciones a los partidos revolucionarios por el triste estado en que hoy se encuentra el país y la administración pública, que no es a los partidos verdaderamente revolucionarios y liberales a quienes debe hacerse responsables de los repugnantes abusos y vituperables desmanes de que se lamentó el colega alfonsino-montpensierista, sino a los reaccionarios que, fingiéndose liberales para encubrir mejor sus criminales proyectos y locas ambiciones, han venido conspirando desde la revolución, y conspiran aún, y ahora con mas descaro que nunca, para llevar a efecto la contrarrevolución que hace tiempo preparan alevosa y traicionamente, y con la cual esperan hacerse dueños del poder para mucho tiempo.

Como si ya no fuera bastante lo dicho acerca de las elecciones municipales para hacer patente, no ya la derrota del Gobierno, que de todos es conocida, sino sus amañes y falsedades para ocultarla, *El Tiempo* y *La Concordia* se encargan de darle un nuevo disgusto publicando ciertos tratos, mediante los cuales se apoyaron las candidaturas carlistas, sin otra condición que la de figurar algún disidente en la candidatura, para atribuirse descaradamente el triunfo.

Son inconcebibles tantas miserias, tanto empujamiento, tanta falta de pudor político, para querer oscurecer una derrota que no se ha ocultado a nadie, que no tenga interés en negarla.

Divertido está el Gobierno con el resultado que le dan sus incomparables habilidades; le compadecemos sinceramente, porque digno y muy digno es de lástima.

Comienza ya a ser demasiado insistente el rumor de que el actual ministro de la Guerra piensa poner en práctica el proyecto, atribuido al Sr. Ametller, de separar del mando a los jefes militares mas comprometidos con la revolución de Setiembre. Nosotros no podemos creer que el Sr. Bassols lleve hasta ese extremo el olvido de sí mismo, a pesar de que indicios hay que pudieran abrir ancho portillo a la sospecha; pero si observamos que la noticia es grave, y de bastante interés para que *La Correspondencia*, que todo lo sabe, procure adquirir autorización para negarla o mantenerla.

Esperamos, pues, que no se harán ese periódico y los demás que sirven de Cirineos a la situación, tan sordos como el ministro de quien se teme una medida tan ineficaz.

Dice *El Tiempo*:

«En el salón de conferencias han manifestado algunos hombres políticos estrafalares de que haya conservadores que ataquen al Sr. Sagasta.

Nosotros confesamos que nos es doloroso tener que censurar la conducta de ese hombre público, cuando como nosotros y confesamos el gran apoyo que presta a nuestra causa.

Divide al partido progresista, disgusta a los fronterizos, aísla el palacio de Oriente. ¿Qué más podíamos desear? Si nos fuera dado tener entrañas el día no lejano de la restauración, pediríamos que se le elevase una columna de honor, en la cual esculpiríamos esta frase de agradecimiento:

«AL SR. SAGASTA LA LEGITIMIDAD RECONOCIDA.»

No llegará el caso que con tanta fruición nos anuncia el colega moderado (esté seguro de ello), porque lo evitara la existencia de un gran partido liberal, que no sigue los desastrosos pasos de los disidentes; pero confesamos con ingenuidad que, si de algún modo había de ser fácil emprender la vuelta a la restauración o cosa parecida, no había de ser otro que continuando la funesta política iniciada por el señor Sagasta y puesta en práctica por el ministerio de los siete durmientes.

El Sr. Bañón, director de Beneficencia, que ha probado sus bríos con los pobres practicantes del hospital, y que de un día a otro, dará muestras de su suficiencia, tiene gran prisa de que le traigan y le lleven los periódicos, aunque sean los moderados. Parece que dicho señor, a quien el duque de la Victoria no conoce, escribió una carta a este ilustre cándido de la libertad, ofreciéndole su destino, probablemente porque sabía que el duque no había de aceptarlo, y como el invitado general no puede ser despedido, hasta el punto de dar la llamada por respuesta, a un desconocido que le ofrece lo que no es suyo, le ha contestado, y de aquí ha tomado pie el Sr. Bañón para darse importancia caceando la preciosa carta.

¡Todavía hay ranas que se hinchán!

Por fin anuncia hoy la dirección general del Tesoro, que el día 20 del actual se dará principio al pago de la amortización de billetes de la Deuda flotante vencidos en 30 de Octubre último.

Los que desde esta fecha venían careciendo de lo que les corresponde, van a ver satisfecho su legítimo deseo, pero esto no será sino a costa de una nueva operación de crédito.

El ministerio ha devorado en los dos meses y medio que lleva de existencia, los 600 millones procedentes del empréstito del anterior Gabinete, y para atender al pago cuya apertura se anuncia, así como para poder abrir el del cupón de la Deuda, ha tenido que contraer un préstamo de 300 millones, no sabemos con quién, ni

con cuáles condiciones. Solo se tiene noticia de que se ha realizado dando en garantía bonos del Tesoro y que el interés es de 10 por 100.

¿Con quién se ha contratado esa operación? ¿Qué tipo es el fijado a los bonos? ¿El interés de 10 por 100 es anual o solo por el plazo que dure el préstamo?

Estas preguntas merecen sin duda ser contestadas por los periódicos ministeriales para que se sepa algo de lo mucho que interesa saber en este asunto, con tanto secreto conducido y llevado a término.

*La Lucha*, por defender al gobernador de Gerona, como poeta, ataca a *La Tertulia*.

Aconsejamos al Sr. Ruiz Blanch, director de *La Lucha*, que no olvide lo que olvidamos a veces; porque entonces se lo recordaremos aun que nos cause sentimiento.

No decimos mas.

Considera *La Iberia* calumnioso el rumor de que el ministerio piensa en disolver las Cortes, y cree firmemente que el Gobierno no incurrirá en esa falta.

Prescindiendo de que semejante rumor hapartido de los mismos ministeriales, y que el señor Candan no es de los que menos han contribuido a su propagación dejando entrever la especie de que tenía el decreto en el bolsillo, ocurresenos preguntar al órgano del Sr. Sagasta: ¿pues si el Gabinete no piensa en la disolución de las Cortes, por qué no las reúne, a fin de que puedan discutirse los presupuestos y otras cuestiones de verdadera importancia, cuya resolución apremia?

Si *La Iberia* fuera franca nos contestaría de seguida que por temor al voto de censura, que imposibilita al ministerio para ocupar el banco azul mientras no recaiga el fallo de la Asamblea, que con razón presente que ha de serle adverso, y en este caso digamos *La Iberia* en donde está la calumnia, cuando es lo lógico que el Gabinete desee la disolución, supuesto que no puede pensar en la reunión de las Cortes.

Lo que hay en este asunto es que el Gobierno comprende como la zorra de la fábula que no están maduras.

*La Política* ha roto contra la dinastía y contra la Constitución el fuego de guerrilla. Parecerá extraño a nuestros lectores que el periódico del Sr. Mantilla se haya atrevido a tanto sin contar con ejércitos de reserva; pero nosotros podemos curarles de su asombro; el ejército está emboscado tras los restantes periódicos conservadores, y copiándolo de otros colegas podemos ya mostrar al público su pendón insertando las siguientes líneas:

«A pesar de negar el hecho *La Época*, nosotros afirmamos con un íntimo convencimiento de su certeza que se ha hecho la fusión de montpensieristas y alfonsinos. Ya no cabe negarlo; ya es inútil pretender estraviar la opinión sobre este punto.

El convenio tuvo lugar en París el día 4 del mes corriente y precisamente por la noche, suscribiéndolo delante de varias personas Isabel de Borbón y el duque de Montpensier.

Así como aseguramos el hecho, podemos también asegurar y aseguramos las bases del convenio, para cuando la España sea patrimonio de los contratantes, bases que son, a saber:

- 1.ª La religión católica será la religión del Estado.
- 2.ª Habrá, no obstante, tolerancia religiosa, que no saldrá del hogar doméstico.
- 3.ª Será revisada (corregida y aumentada) la Constitución de 1869.
- 4.ª La mayoría del príncipe Alfonso tendrá lugar desde 18 años cumplidos a los 20.
- 5.ª Matrimonio de dicho Alfonso con una hija de Montpensier.

6.ª Regencia de este y dado el caso que el partido moderado prefiriese una regencia trina, entonces serían co-regentes doña María Cristina y un personaje civil del partido moderado.

En la misma acta se tomaron además los siguientes acuerdos:

- Se formarán dos comités contra-revolucionarios, uno civil y otro militar. El militar se compondrá de los generales T. Q. M. y V., será presidido por Montpensier, debiendo obtener la vice-presidencia a L. El civil se compondrá de T. M. de P. y N. G.
- Los banqueros para la adquisición y admisión de fondos en Londres, Cádiz y Madrid, serán Z. T. y V.
- Por último se consignó en dicha acta, que el duque de Montpensier se comprometía a obtener, al menos a trabajar todo lo posible al efecto, la mediación del duque de Módena y conde de Chambord para que D. Carlos acepte la fusión, ofreciéndole a cambio, no solo el ser infante de España, sino generalísimo de los ejércitos.

Vivamos pues alerta, y si las cosas pasan a mayores, hagamos, con el menor ruido posible, un escarmiento que deje perpetua memoria; pero que no deje mas que memoria, puesto que todo lo demás es incompatible con la tranquilidad y la honra del país.

## SEGUNDA EDICION.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

**Tarifa 17** (4 a las cuatro y 45 tarde).—Servicio semafórico de la Agencia.

Ha desembarcado el Estrecho el paquete que conduce a la ex-emperatriz de los franceses.

La mar es bella y el tiempo bueno.—*Fabra*.

**Versalles 16**.—Ayer, en el seno de la comisión de iniciativa, el Sr. Thiers habló claramente en favor de la traslación de la Cámara a París.

Declaró que es conveniente dicha traslación para que el gobierno pueda obrar con completa libertad de acción; afirmó que la Asamblea no corre en ello peligro alguno; sostuvo que la presencia de la Cámara en París dará fuerza al gobierno ante Europa; espuso la necesidad de que Bertrán no llegue a gozar de la presidencia que tiene París; Francia la decadencia de su antigua capital; y terminó rogando a la comisión que no tomase acuerdo alguno sin óírle de nuevo.

La comisión acordó reunirse el martes próximo para seguir tratando de este asunto.

**París 16**.—El emperador del Brasil ha llegado a esta capital.

**Londres 16**.—El príncipe de Gales continúa mejorando.

**Amberes 15**.—El 3 por 100 español se ha hecho a 31 y 1/2.

**Amsterdam 15**.—En la Bolsa se ha cotizado el 3 por 100 español a 32 1/4.

**Londres 16**.—El lenguaje de la prensa rusa respecto a Alemania, ha cambiado completamente desde el brindis del czar en el banquete de San Jorge.

En la Bolsa se han cotizado: Consolidado inglés a 92 3/8. El 3 por 100 francés a 55. El 3 por 100 español, a 33 3/8.

El premio del empréstito español, es de 2 1/8 a 2 3/8. **Londres 16** (noche).—La mayor parte de los individuos de la familia real, han salido de Sandringham; pero la reina continúa allí.

El anuncio que se ha publicado a las seis de la tarde sobre el estado del príncipe de Gales, dice que ha pasado tranquilamente el día, y que continúa progresando en su alivio.

**Viena 16**.—El conde de Chotey ha sido nombrado ministro plenipotenciario de Austria en Madrid.

**Amberes 16**.—El 3 por 100 español se ha hecho a 31 y 1/2.

**Amsterdam 16**.—En la Bolsa se ha cotizado el 3 por 100 español a 32 20.—*Fabra*.

El ministerio está como un reo sentenciado a pena capital, a quien no abandona la esperanza hasta que se ve sentado en el banquillo. El sábado último tenía la seguridad de morir, le faltó el valor, y aplazó para otro día el momen-

to fatal. ¿Quién sabe lo que sucederá de aquí al sábado siguiente?

En lo probable está que se unan todos los radicales, y esta circunstancia cambiará notablemente la situación de los fronterizos sagastianos. Pero, ¿y si no se unieran los radicales? ¿Y si el sábado vinieran y todos los sábados están arma al brazo en el Congreso, en el Senado, en las corporaciones populares y en todas partes, esperando el momento oportuno para barrer, constitucionalmente se entiende, a ese ministerio, a quien un personaje político apellidaba el otro día ministerio *lapa*, sin duda por lo bien que se agarró a las carteras?

¡Ah! Entonces esos políticos sin política; ese ministerio acéfalo; esas ociosas nulidades, no tendrían mas remedio que caer entre los silbidos de la opinión pública indignada.

Las noticias escaseaban esta tarde en el salón de Conferencias del Congreso. No parece sino que se ha tomado por unanimidad el acuerdo entre todos los hombres políticos de no turbar la agonía del ministerio, que desde su nacimiento viene arrojando una vida raquítica y miserable, y cuyos instantes son contados.

En varios periódicos leemos la noticia de que el general Gándara, jefe del cuarto militar de S. M. el rey, ha manifestado el deseo de marchar a Cuba mandando las tropas que pasan a aquella Antilla a combatir la insurrección.

Creemos que el Sr. Gándara obra cuerda y patrióticamente al manifestar ese deseo. Militar valiente, pero político bien poco afortunado, es lógico que desee estar donde mejor puede servir a su país.

Por conducto de los Estados Unidos recibimos hoy algunos pormenores mas sobre los sucesos que tuvieron lugar en la Habana con motivo de la profanación del cementerio. Hé aquí los telegramas que publica *El Cronista*:

**Habana 28 de Noviembre**.—Hoy a la una de la tarde se leyó desde el balcón de la capitanía general la sentencia que el consejo de guerra impuso a los estudiantes medicina que demolieron la tumba de Castañeda.

Qucho de ellos aparecieron los mas culpables y fueron condenados a ser muertos por las armas hoy a las cuatro de la tarde en la Pinta. Los demás fueron sentenciados, unos a cuatro y otros a seis años de prisión.

Todos los sentenciados a muerte eran mayores de 18 años. La ejecución se verificó a la hora señalada. Murieron resignados y se manifestaron arrepentidos del hecho.

Los fusilados fueron: Alonso Alvarez de Lacampa, José María Lleras, Carlos Angel Latorre, Eladio G. Toledo, Pascual Rodríguez Pérez, Anastasio Bernádez Govin, Augusto Laborde Pérez y Carlos Verdugo Martínez.

Durante el día hubo gran excitación en la ciudad, y los negocios se suspendieron; pero a esta hora (las seis) todo está tranquilo.

El conde de Balmaseda estaba en el Júcaro y se le esperaba hoy. Ha dirigido una proclama a los voluntarios, prometiendo que los culpables serían castigados, y atribuye los recientes acontecimientos a las maquinaciones de los laboristas.

Tres negros trataron hoy de asesinar a un oficial de voluntarios de artillería; pero no lo consiguieron, aunque la puñalada que le dieron es de carácter grave. Las personas que estaban delante atacaron a los agresores y los mataron. Los cadáveres fueron llevados al hospital de San Juan de Dios.

**Habana 30 de Noviembre**.—Los padres de los jóvenes fusilados pidieron los cadáveres de estos para enterrarlos, pero les fueron negados.

Los sentenciados a presidio están trabajando desde ayer en las calles con los criminales.

El padre de uno de los muertos murió de pesar, y las madres de otros dos se volvieron locas.

*El Cronista* duda de la exactitud de este último párrafo del despacho del 30; pero no oculta que el contenido de ellos había causado cierta efervescencia en los Estados Unidos.

## GACETILLAS.

CONFERENCIAS FRONTERIZAS.

I.

EN EL CONGRESO.

—Adios, Sagasta.

—Adios, pollo.

—Vamos, ¿tienes ya el decreto?

—Hombre, no he visto al monarca...

—Pues hoy es preciso verlo,

porque ya los fronterizos

remuegan del ministerio.

—¿Si? ¿Quién quiere una cartera?

—¿Quién la quiere? Yo la quiero.

—¿Qué me cuentas?

—Que no olvides

que soy el pollo Robledo,

hombre de mas importancia

que el que inventó los pimientos.

—Ya lo sé que vales mucho.

—¿Qué si valgo, ya lo creo!

—(Oh, rabia! Ya se da tono.)

—Como calamar sincero

te suplico que me digas,

en confianza, ¿oh Mateo!

si con disolver las Cortes

nos estáis dando el cañón.

La verdad es que a esta fecha

aun no tiene el decreto

de disolución y...

—Basta,

ya se ve que no lo tengo.

—Pues por lo mismo me escamo;

me escamo, te lo confieso.

—Polo, con tus impaciencias

me pones en un aprieto...

—Tupé, no tengo la culpa

de lo que está sucediendo:

los fronterizos me acosan,

y es preciso que al momento

salgan Balaguer y Angulo,

Bassols, De Blas y Montejó,

y nos des esas carteras,

y si no retiraremos

el apoyo.

—Vive Cristo!

—Sagasta, no hay mas remedio.

Pero hombre, qué demonio,

modifica el ministerio.

—¿Modificar? ¿Qué locura!

¿Y sin tener el decreto!

—Esperate que lo tenga,

y entonces...

—¿Esperar? ¿Cuernos!

Esperar a que la gente

se reparta el presupuesto...

—Escúchame un breve instante;

ten calma, pollo Robledo.

Como calamar honrado,

formalmente te prometo

que entrarán los fronterizos

y tendrás un alto puesto

en el instante que logre

el codiciado decreto.

—Yo no paso ninguno

sin tener el documento.

—¿Lo tendrás pronto?



